ESPAÑA, TIERRA Y PALABRA, EN LA POESIA DE BLAS DE OTERO

En 1964, en París y en las entonces casi míticas ediciones de Ruedo Ibérico, aparece el libro de Blas de Otero *Que trata de España.* En el mismo año, una segunda edición en La Habana. Hasta 1977 no apareció la primera edición española (volumen 78 de la Colección «Visor» de poesía, Madrid) y tercera del libro. Así lo quiso el autor, olvidándose justamente de un mal llamado volumen *Que trata de España,* editado en Barcelona (Editorial RM, sin fecha), y que con sesenta y ocho poemas —más o menos la mitad del libro— constituía una de las más vergonzosas mutilaciones impuestas por la censura.

Llegaba, por tanto, este libro, en 1964, en la plena madurez del poeta —nacido en 1916—, cuando ya contaba con varios títulos fundamentales: *Angel fieramente humano* (1950), *Redoble de conciencia* (1951), *Pido la paz y la palabra* (1955), *Ancia* (1958), *En castellano* (1960), sin contar *Cántico espiritual,* cuaderno de cuarenta y tantas páginas, número 2 de los Cuadernos del Grupo «Alea», San Sebastián, 1942: en el cuarto centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz y primera publicación independiente de Blas de Otero. En 1964 su poesía había sido objeto de, entre otros, dos importantes estudios, aunque muy desiguales en su extensión: el bastante breve de Dámaso Alonso, segunda parte de su trabajo *Poesía arraigada y poesía desarraigada* (recogido en el volumen *Poetas españoles contemporáneos,* 1952, segunda edición, 1958), que utiliza exclusivamente textos de *Angel...* y *Redoble...,* y el mucho más amplio análisis de Emilio Alarcos Llorach, *La poesía de Blas de Otero,* discurso inaugural del curso académico 1955-56 en la Universidad de Oviedo (Oviedo, 1955, reeditado por Ediciones Anaya en 1966 tal como fue escrito en el verano de 1955, salvo un breve *postcriptum* en 1966). Teniendo en cuenta los libros aparecidos entre 1955 y 1966 —el más reciente, *Que trata de España,* en 1964—, el profesor Alarcos señalaba en esa nota final: «La consecuente y progresiva inclusión del poeta en el "nosotros", la huida consciente de toda postura insolidariamente personal...; resumiendo puede decirse que el camino iniciado "a la inmensa mayoría", llega a penetrar "en la inmensa mayoría" y a proseguirse "con la inmensa mayoría"» (cfr. *OTE* 48, 54; Anaya, 1966, p. 152). Se refiere Alarcos al

poema de *Que trata de España* titulado «C. L. I. M.», es decir, «con la inmensa mayoría», que termina con una rotunda declaración de solidaridad: «*Soy sólo poeta:* levanto mi voz / en ellos, con ellos. Aunque no me lean» (el subrayado es de Otero, p. 54, edición Ruedo Ibérico, página 58, «Visor»).

La actitud solidaria del poeta, el paso del «yo» al «nosotros», empieza por su apertura a lo más próximo e inmediato, a la tierra, la realidad españolas, a la misma mención de la palabra España. Ya en *Redoble de conciencia* la encontramos dos veces en el poema «Hijos de la tierra», texto que reaparece en la parte cuarta de *Ancia:* «Europa, amontonada sobre España, en escombros»; «Europa, a hombros de España, hambrienta y sola», son los dos alejandrinos que traen el nombre que va a ser central, sustentador, de una gran parte de la poesía posterior de Otero. Pero aquí estamos todavía ante un poema de hondas raíces metafísicas, aunque hincadas en un tiempo histórico concreto, el posterior a la Segunda Guerra Mundial, a la gran tragedia colectiva que está en la base —con la guerra española, su prólogo— de libros poéticos como *Hijos de la ira,* de Dámaso Alonso, y *Los muertos,* de José Luis Hidalgo. Con el primero, aparecido en 1944, se establece ya una asociación desde el mismo título del poema, cuya estrofa, serventesio final, es bien revelador y expresivo del «tremendismo» que encierran esos libros, que había surgido en muchos textos de la revista *Espadaña* (1944-1950): «¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la tierra; / salid por esas calles dando gritos de espanto! / los veintitrés millones de muertos en la guerra / se agolpan ante un cielo cerrado a cal y canto.» En *Espadaña,* recordemos, se publicaron sonetos de Blas de Otero, junto a poemas de casi todos sus compañeros de generación: el mismo Hidalgo, José Hierro, Valverde, Bousoño..., y también Celaya. La mención de España forma aquí parte de esa «poesía desarraigada» que formuló Dámaso Alonso, de esa primera etapa que representan *Angel...* y *Redoble...,* y que, en palabras del profesor y crítico Víctor G. de la Concha, «no es más que una lucha denodada y desgarrada, contra ese silencio de Dios. Ni aun derribado en la muerte, callará el poeta» (en el libro *La poesía española de posguerra, Prensa Española,* Madrid, 1973, p. 452).

Pero el tema de España, su presencia, que va a ser central en la poesía de Otero, irrumpe ya plenamente en *Pido la paz y la palabra* (1955), el libro que se inicia con la confesión, la entrega, «A la inmensa mayoría», poema en cuyo final se fijan lugar y tiempo («Bilbao, a once / de abril cincuenta y tantos»); el nombre de su ciudad inaugura, así, toda una toponimia española, vasca, que se va a reiterar en este libro y en todos los que le van a seguir. Se iniciaba con *Pido*

la paz..., la gran serie titulada *Que trata de España*, que culminaría nueve años más tarde en el libro del mismo nombre y en donde en primer lugar se presenta la serie completa, integrada por dos partes y cuatro libros: «Primera parte. Libro I: *Pido la paz y la palabra.* Libro II: *En castellano.* Segunda parte. Libro III [fragmento]. Libro IV: *Que trata de España.*» Este plan general en la reedición, primera edición española, de *Que trata de España*, en 1977, se ha transformado de la manera siguiente: «*Que trata de España.* Primera parte. Libro I: *Pido la paz y la palabra.* Libro II: *En castellano.* Segunda parte. Libro III: *Que trata de España.*» Un contrasentido, sin embargo, con lo anterior representa el mantenimiento en esta edición de 1977 de la breve nota introductoria —tras el poema-prólogo u obertura del libro— de la primera edición: «Comienza el Libro IV [MCMLIX-MCMLXIII] de la obra llamada *Que trata de España*, realizada dentro y fuera de esta patria, dirigida por y a la inmensa mayoría.» En el ya citado *postscriptum* de 1966, Emilio Alarcos se refiere a esta ordenación nueva que Blas de Otero había hecho de su obra en 1964, con referencias concretas a algunos textos, como el soneto «heterodoxo» y otro, de *En castellano*, que empieza afirmando: «Aquí termina la primera parte» (*La poesía de Blas de Otero*, Anaya, 1966, pp. 152-153).

Tres años antes de la aparición de *Pido la paz y la palabra* se había publicado —1952— la *Antología consultada de la joven poesía española*, preparada por Francisco Ribes, y en donde Blas de Otero es uno de los nueve poetas seleccionados —los más votados—, el penúltimo —entre Nora y Valverde— según la ordenación alfabética elegida. Entre los quince poemas de Otero, y en el grupo final de los «inéditos en libro», figura el ya citado «A la inmensa mayoría», pero con un final ligeramente diferente: «Bilbao a once / de abril, cincuenta y uno», en lugar de «cincuenta y tantos», que, a partir de la primera, en 1955, aparece en todas las ediciones de *Pido la paz y la palabra.* Y en el breve texto, a la manera de prólogo, al frente de sus poemas, «Y así quisiera la obra», Otero se refiere ya a «la mayoría», a la dificultad de hacerse oír y a la necesidad de llamar, ya que «seguramente la causa de tal desatención está más en la voz que en el oído», añadiendo un poco más adelante dos importantes declaraciones y formulaciones sobre la poesía y el poeta, el hombre que la crea y la hace: «Creo en la poesía social a condición de que el poeta (el hombre) sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales. ¿Realismo? Al fin y al cabo, todo el arte ha de ir realizándolo el hombre con sus manos. Fijarse bien: *real-izándolo*» (el subrayado es del autor). Su apertura a lo exterior y objetivo, a su país y a su tiempo, el humanismo —rechazado el trascendentalismo metafísico—

de su poesía futura, se encuentra ya en estos textos de 1950, y publicados sólo uno y dos años después que *Redoble de conciencia* y *Angel fieramente humano,* respectivamente. Ya en *Que trata de España,* 1964, será explícita e inequívoca declaración: «Pero yo no he venido a ver el cielo, / te advierto. Lo esencial / es la existencia; la conciencia / de estar / en esta clase o en la otra. / Es un deber elemental», final del poema «Cartilla (Poética)»; y en el mismo libro: «Sabed que la belleza, eso que llaman cielo, mínima flor, Mar Amarillo, / ya lo he visto. No tengo tiempo. *Antes / hay que poner los hombres en su sitio*» (el subrayado es mío), comienzo del poema «Belleza que yo he visto, ¡no te borres ya nunca!» Los dos poemas se integrarán en la *Poética* enviada para la *Poesía social (1939-1964), Antología,* de Leopoldo de Luis (Ediciones Alfaguara, Madrid, 1965; manteniéndose en la «segunda edición, revisada y aumentada» de 1969).

Abocado al deber de «poner los hombres en su sitio», el poeta se enfrenta en primer lugar con el sitio más próximo y entrañable, su tierra, su país, su patria, la «retrocedida España» de «Sobre esta piedra edificaré», poema cuarto de *Pido la paz...* Y la misma palabra *España* va a aparecer, en el título o el interior, de varios poemas de este libro: «Hija de Yago», «Espejo de España», «Posición», «Proal», «Vencer juntos», «En nombre de muchos», «En el nombre de España, paz», «Lo traigo andando», siempre unida a la tristeza, al sufrimiento, a la oscuridad y el ahogo, el peligro para el hombre; pero también enraizada, clavada en lo más hondo de su ser, como fija en metáfora certera: «España, espina de mi alma. Uña y carne de mi alma», del poema «Proal». La visión dolorosa y sombría de España se apoya y se expresa en algunos casos a través de préstamos ilustres: «Madre y maestra mía, triste, espaciosa España», primer alejandrino del serventesio final de «Hija de Yago», cambia sólo el orden de los calificativos del endecasílabo de Fray Luis de León «a toda la espaciosa y triste España», verso veinticinco de la oda «Profecía del Tajo», cuyo verso sesenta y uno, el heptasílabo «acude, corre, vuela», se inserta, igualmente con variación en el orden de los elementos, en uno de los últimos poemas de *Pido la paz...*, el que comienza —no tiene título— *En el nombre de España, paz:* «... España, / España, no te / aduermas. / Está en peligro, corre, / acude. Vuela / el ala de la noche / junto al ala del día / ...», con cambio también en la sintaxis. En otro poema sin título, cuyo primer verso es *Ni una palabra,* se incrusta literalmente otro verso de Fray Luis, el veintiuno de la oda «Vida retirada», «¡Oh, campo! ¡Oh, monte! ¡Oh, río!», sólo que dividiéndolo en dos versos y dando nombre al no nombrado río por Fray Luis (aunque se trata del Tormes): «Oh campo, / oh monte, oh río / Darro: borradme / vivo.»

La que va a ser dualidad característica, más aún, sustentadora y configuradora de su temática española, de esta nueva poesía civil, nacida y determinada por la situación político-social de la España de posguerra, se presenta ya, rotunda y claramente, en *Pido la paz y la palabra:* la esperanza en el resurgir de todo lo abolido, de la luz frente a las sombras, la alegría y la vida desterrando tristeza y muerte, la palabra derribando los muros del silencio. Y siempre la paz y el aire, la paz y la libertad. Desde el primero hasta el último poema del libro, «A la inmensa mayoría» y «En la inmensa mayoría», que marcan, además, la evolución del poeta, su instalación entre los hombres, se va trazando la línea de esperanza en medio del presente sombrío: desde la petición de paz («Yo doy todos mis versos por un hombre / en paz», del primero) hasta la profesión de fe («Podrá faltarme el aire, / el agua, / el pan, / sé que me faltarán. / ... la fe, jamás. / Cuanto menos aire, más. / Cuanto más sediento, más. / Ni más ni menos. Más», en el último). La otra gran afirmación, la primera para el escritor, el poeta, la de la palabra, aparece ya en el segundo poema del libro, el titulado «En el principio», acuñada en un heptasílabo repetido al final de los tres fragmentos, que no estrofas, del texto: «me queda la palabra». Poema éste bien expresivo de esa dualidad señalada: el testimonio negativo, desolado, cae aplastado ante la realidad implacable del presente «me queda», lo que no le han podido quitar, destruir; lo que, a pesar de todo, no ha perdido, lo que le ha hecho poeta: la palabra, sobre la que una y otra vez vuelve en su poesía. «Mi voz» la llamará en el poema inicial de *En castellano,* unida a la alegría y la paz, proclamándolas, alzándolas, con la fuerza y el clamor de la verdad («mi voz apedreando las puertas de la muerte / con cantos que son duras verdades como puños»), rompiendo los diques, los cercos del tiempo malo («Aquí tenéis mi voz zarpando hacia el futuro»); palabra, voz, que tienen una expresión única, un nombre, una identificación: «escrita en castellano» y que a España se dirige, copartícipes ambos en el dolor: «España, no te olvides que hemos sufrido juntos», final de este poema fechado en 1951.

La petición reiterada de paz —«para el hombre», «para el aire»— en «Hija de Yago»; de la paz y la palabra en el poema que empieza y termina con la misma necesidad y urgencia, «Pido la paz y la palabra», no callando nunca, diciendo «lo que me dejan»; paz repetida, gritada, para sacudir y despertar a su patria, para evitar que se duerma, para avisarle que «el hombre está en peligro», en el ya citado «En el nombre de España, paz». Y la hermosura de su tierra, a pesar de su tristeza: «porque soy hijo de una patria triste / y hermosa como un sueño de piedra y sol; ...», en el poema «Juntos»; y la realidad, la

verdad de su canto, a pesar o a causa del dolor, de los «ríos con llanto. Lágrimas caudales. / Este es el sitio donde sufro. Y canto». Petición, también, de alegría, repetida una y otra vez, como la paz, «para el hombre hambreante y sepultado / en sed ...», «para el mundo inundado / de sangre, ...», y, finalmente, «Para ti, patria, árbol arrastrado / sobre los ríos, ardua España mía, / en nombre de la luz que ha alboreado: / alegría». Invocación a la naturaleza, a los «árboles abolidos», a los «árboles de una patria árida y triste», a los machadianos «olmos sonoros, altos / álamos, lentas encinas, / olivo /en paz», para un nuevo brillar al sol; a las «cimas azules de mi patria», al aire, al mar perdidos, para que alcen la voz, resuenen libres, entre todos «a pie desnudo en el arroyo claro, / frente serena de la libertad»: revitalización por parte de Otero del apóstrofe y de la prosopopeya, ésta última especialmente importante por la fusión, identificación del hombre y la tierra en su poesía, por la animación de un paisaje —el español—, de algunas de sus principales realidades naturales, que dejan de ser algo estático y pasivo para integrarse y participar en la lucha del hombre, en la palabra viva y vivificante del poeta. De afirmación y de fidelidad: «Fidelidad» es el título del poema penúltimo de *Pido la paz...*, y en él anuncia la proclamación de fe del último, el ya citado «En la inmensa mayoría», estructurado en tres fragmentos, cada uno iniciado anafóricamente con el presente «creo», constituye «Fidelidad» una triple afirmación de fe: en el hombre, en la paz, en la patria, frente a las «españas a caballo / del dolor y del hambre», «aunque hoy hay sólo sombra, / he visto / y he creído».

Como en algunos textos transcritos se muestra claramente, España está presente en prácticamente todo el libro; cuando la palabra no lo está, aparece en su lugar con mucha frecuencia «patria», y también, aunque mucho menos, «tierra» («Pues que en esta tierra / no tengo aire, / enristré con rabia / pluma que cante», cancioncilla completa, sin título, coplilla o variante de seguidilla, y el poema más breve de todo el libro). «Patria y tierra» aparecerán ya en los mismos títulos de dos poemas de *En castellano:* «Patria aprendida» y «En esta tierra» [el primero, aunando en su plano expresivo ambos términos: «¡Oh patria / sin presente. / ... Oh tierra / hermosa, merecedora de / ancho camino»; el segundo, identificando la tierra —España— con el propio cuerpo del poeta: «A mí / lo que me duele / es el pecho. / (El pecho / tiene forma / de España)», y uno y otra necesitando aire, mucho aire, es decir, libertad]. En *Que trata de España,* tres de sus poemas empiezan con la palabra *patria,* y dos de ellos son los primeros de los capítulos segundo y cuarto, respectivamente, «La palabra» y «Geografía e historia»: «Patria / perdida. ...», «Patria, con quién

limitas...», y el tercero, «Patria lejana, dónde...»; en el capítulo quinto, «La verdad comía», último del libro. Y en su poema inicial, a manera de prólogo, une en oposición *España* y *patria* en su principio («España, / patria de piedra y sol y líneas / de lluvia liviana...») y lo termina con la segunda («... sola y soterraña / y decisiva / patria»).

Pero la tierra, la patria, España, van concretándose, diversificándose en nombres propios, en una toponimia concreta, ya presentes también en *Pido la paz y la palabra.* A los casos, ya citados por otras razones, de Bilbao en el poema inicial, «A la inmensa mayoría», y el río Darro, en «Ni una palabra...», hay que añadir bastantes más, empezando por Iberia, citada una sola vez en todo el libro —en «Hija de Yago»—, y siguiendo por nombres de ciudades y pueblos españoles: en los poemas «Espejo de España», «Aceñas», «En el corazón y en los ojos» (que termina con los octosílabos machadianos del poema «Campos de Soria», «Soria, ciudad castellana / ¡tan bella! bajo la luna»), «Biotz-Begietan» (con la única mención, en este libro, de Madrid, que saltará más tarde incluso al título de otro: «Hojas de Madrid»; la «capital de la esperanza», llamada por Alberti, vista por Otero como «el sitio / donde enterraron un gran ramo verde», en clara referencia al final de la guerra civil), y «Lo traigo andado», uniendo ciudades y pueblos con ríos y montes de España bajo el más puro acento popular: el título procede de una «soleariya», con la que se cierra el poema. Río también —el Duero— en el ya citado «Aceñas» —cuyo título ya lo anuncia— y en «Vencer juntos» («Un español de arriba de los ríos, / Guadalquivir y el Ebro me guardan las espaldas»), que van así delimitando la realidad física y espiritual de España. Esta última se presenta también en los nombres personales, tres tan sólo en *Pido la paz y la palabra:* uno, universal, Ludwig van Beethoven, y dos españoles —realidad y ficción—, Antonio Machado y Sancho Panza. El breve poemilla «Con nosotros», evocador del autor de *Campos de Castilla,* contiene dos alusiones muy claras: una, a Madrid, al colocar después del título la acotación «(Glorieta de Bilbao)», y en ella el café adonde acudía el poeta; la otra, al primer verso, «Misterioso y silencioso», de *Oración por Antonio Machado,* de Rubén Darío, incrustado en su poema por Otero, que cambia el orden de los calificativos («Silencioso / misterioso, ...»), como hace en otros casos (ya se ha visto con Fray Luis de León). El titulado «Con nosotros» indica, además, la intención de subrayar el costado solidario de Machado, la evolución progresiva de su vida y su obra hasta la plena identificación con la causa popular, que Otero resume, con ejemplar economía expresiva, en cuatro palabras: «se incorporó / al pueblo». No va a ser éste el único homenaje poético de Blas de Otero a Antonio Machado: en el

libro siguiente, *En castellano,* incluye un texto mucho más extenso, «Palabras reunidas para Antonio Machado», con una muy iluminadora cita machadiana al frente: «Un corazón solitario / no es un corazón.» Yendo hasta las raíces del poeta sevillano, brota el pasado poético castellano, desde el Romancero hasta Quevedo, desde el cancionero popular hasta Fray Luis, y los surcos de Berceo, que Machado cantó en *Mis poetas.* Pero también las ciudades unidas a su vida: Sevilla, Soria, Baeza, y la implícita referencia al destierro en «El mar / se derrama hacia Francia, ...», a la muerte y sepultura en tierra extranjera («... te reclama, / quiere, queremos / tenerte, convivirte, / compartirte / como el pan»), final del poema que resume y ratifica el encuentro del ayer y el hoy, de aquellas palabras con estas palabras nuevas. Y no se trata sólo de las palabras machadianas, sino de otras anteriores del propio Otero, «aquellas / con que pedí la paz y la palabra», auto-homenaje que se completa con la transcripción completa del poema de *Pido la paz...*, «Arboles abolidos, ...». Pero la autocita marca más rotundamente el enlace, la ligazón, del poeta de hoy con el de ayer, con su poesía popular, civil y solidaria. Camino machadiano, que como el de Blas de Otero, fue desde el «yo» al «tú» y al «nosotros», desde el individuo a la colectividad.

En la segunda parte y libro tercero, culminación del ciclo «español», *Que trata de España,* y dentro del «Capítulo IV. Geografía e Historia», que contiene varios homenajes a escritores y artistas, aparece un nuevo recuerdo del autor de *Nuevas canciones,* el soneto en alejandrinos titulado «In memoriam», texto más lírico que los anteriores, situado en un entrañable espacio machadiano, el de Soria, aludida por «la plaza de la Audiencia» («... la campana / de la Audiencia da la una», en «Campos de Soria»), con mención repetida del Duero y presencia de unos árboles que desde el paisaje se erigieron en símbolo del sentimiento («Alamos del amor»). Otero evoca a la vez al «hombre bueno» y al poeta de «precisa palabra», en fusión certera, tan importante para entender y valorar a Machado, de ética y estética. Pero no falta tampoco en este poema la alusión a un tiempo nuevo, la esperanza de la libertad: «... Hacia oriente, / tierras, montes y mar que esperamos que abra / sus puertas.»

La presencia cervantina de Sancho Panza abre y cierra el poema «Me llamarán, nos llamarán a todos» (primer verso), ya que Otero ha puesto al frente unas palabras de Sancho al final del *Quijote,* en el capítulo setenta y cuatro y último: «... porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más...». Y contra la muerte el vivir imperecedero de Sancho, identificado con el pueblo —al que pertenecía— igualmente inmortal: «Pero

tú, Sancho Pueblo, / pronuncias anchas sílabas, / permanentes palabras que no lleva el viento...», palabras finales del poema, una vez más el «canto de vida y esperanza» de la poesía de Otero y una muy rotunda referencia a la lengua viva y popular, a esa «anchura» del decir jugoso y cotidiano, de la palabra henchida y rebosante: «anchas sílabas» reaparecen en *Palabra viva y de repente* (capítulo II, «La palabra», de *Que trata de España),* enfrentándolas, para su mayor grandeza, con las del poeta: «Da vergüenza encender una cerilla, / quiero decir un verso en una página, / ante estos hombres de anchas sílabas, / que almuerzan con pedazos de palabras.»

No Sancho, pero sí Don Quijote aparece en algunos poemas de *En castellano,* como «Letra», abierto con una cita del capítulo octavo de la primera parte de la novela, doble homenaje a Don Quijote y a Dulcinea; y el brevísimo —sólo dos versos— *Don Quijote* y *San... Ignacio:* «Fundir a Don Quijote y san Ignacio: / de aquél, el ideal; de éste, la *actio.*» En el capítulo IV, «Geografía e Historia», de *Que trata de España,* son varios los poemas «quijotescos», con mayor presencia de Don Quijote que de Sancho, y éste siempre unido al primero: en «Habla de la feria» y en el soneto «Vámonos al campo», dirigido todo él, muy unamunescamente, al caballero, para terminar diciéndole: «Sigue a Sancho Pueblo, señor Don Quijote», que expresa la primacía de lo popular, «la fronda de la solidaridad», endecasílabo anterior y penúltimo del soneto. Esta identificación Sancho-Pueblo se intensifica con el ya citado «Me llamarán, nos llamarán a todos», de *Pido la paz y la palabra,* que pasa a *Que trata de España,* aunque sin indicar su procedencia. Al frente de estos nueve poemas cervantinos-quijotescos figura también el mismo símbolo: «Rectifico mi verso. / *Unir a Don Quijote y Sancho-Pueblo* / (el subrayado es del poeta). Tanto monta, monta tanto / Don Quijote como Sancho.» Este texto de la edición de 1964, en la de 1977 ha perdido los dos octosílabos finales, quedando así fijada escueta y finalmente la unión Sancho-Pueblo. En el penúltimo poema de ese mismo capítulo cuarto, «Geografía e Historia», el soneto «Historia de la reconquista», pide al pueblo, al «pueblo puro, / materia insobornable de mi canto», que se «desenquijotice» para conquistar, en cambio, la revolución.

El mismo año, 1955, de *Pido la paz y la palabra,* Gabriel Celaya publica —en *Verbo,* Alicante— el libro *Cantos iberos,* «escrito en los años de furor y esperanza», según declaración del autor. Las relaciones, las concomitancias con los libros de Otero son muchas e intensas: poemas como «España extraña», «España en marcha», «España en pie», «La arcilla que palpo y beso» («Iberia, barro de España», es su primer verso), «Hablando en castellano» (Otero publicaría *En cas-*

tellano en 1960) y «A Sancho Panza», que comienza con el dodecasílabo «Sancho-bueno, Sancho-arcilla, Sancho-pueblo», que repetirá dos veces más, junto a Sancho-vulgo, Sancho-tierra, Sancho-ibero, Sancho-patria y Sancho-obrero: poema de exaltación e impulso, de fe y esperanza en la arcilla popular, en el hermano Sancho, en el pueblo siempre vivo e imbatible.

La abundante y rica presencia cervantina y quijotesca en la literatura española del siglo XX, desde los hombres del 98, desemboca en estos poetas testimoniales y solidarios de los años cincuenta. Pero es toda la temática española, el «tratar de España» de Otero, Celaya y tantos otros poetas contemporáneos —por ejemplo, Eugenio de Nora, que en 1954 había publicado *España, pasión de vida,* escrito entre 1945 y 1950 y publicado en su mayor parte entre 1945 y 1949 en varias revistas, entre otras, la leonesa *Espadaña*—, la invocación y apelación constantes a todo lo español, hombres y paisajes, remite directamente a poetas como Antonio Machado y Miguel de Unamuno, que encabezan una nómina muy nutrida en la poesía española contemporánea.

No puede cerrarse el estudio de *Pido la paz y la palabra* en su condición de «Libro I» de *Que trata de España* sin señalar las concretas referencias vascas que en él aparecen: además de la mención de Bilbao, en donde fecha y firma su confesión y su ofrenda dirigidas *A la inmensa mayoría,* el poema «Muy lejos» es un duro testimonio de esa ciudad, la suya, aunque sin nombrarla («Laboriosa ciudad, salmo de fábricas / donde el hombre maldice, mientras rezan / los presidentes del Consejo: oh altos / hornos, infiernos hondos en la niebla»); sí menciona, en cambio, al río Nervión. Hay que advertir, sin embargo, que este poema fue incluido en *Pido la paz...* en la edición de 1975 *(El Bardo* núm. 101, Editorial Lumen, Barcelona), figurando antes dentro del libro siguiente, *En castellano,* que todavía conservaba en 1969, en el amplio volumen antológico *Expresión y reunión* (Ediciones Alfaguara), preparado por el propio poeta. Otro poema vasco del libro de 1955 es *Gallarta* («Vizcaíno es el hierro —el mar, cantábrico—, / ...»), presidido por una cita de Tirso de Molina: «el hierro es vizcaíno, que os encargo, corto en palabras, pero en obras largo».

Y añadamos, finalmente, que la reciente edición de 1975 termina con un texto muy posterior, «Hojas de Madrid», perteneciente al libro del mismo nombre, escrito en 1968 y 1969 e inédito como libro. No se trata, sin embargo, de un poema inédito: en la ya citada antología *Expresión y reunión* abre la serie de doce poemas pertenecientes a «Hojas de Madrid», aunque ahí el título del poema es «Túmulo de gasoil», y lo sigue siendo en las también antologías e igualmente preparadas por el poeta, aunque mucho más breves, *Verso y prosa* (Edi-

ciones Cátedra, Madrid, 1974) y *Poesía con nombres* (Alianza Editorial número 637, Madrid, 1977), es decir, dos años después, esta antología temática, de la última y citada edición de *Pido la paz y la palabra.* Acorde con el título del libro, centra el poema, Madrid, su cielo, su plaza de Oriente, sus escritores (Mesonero, Lope, Galdós y Quevedo), pero la crítica punzante del poeta deshace el tópico («bajo este cielo de Madrid ahumado por cuántos años de quietismo»), deja constancia de la realidad nada brillante, del mediocre, colonizado y casi irrespirable presente («inefable Madrid infestado por el gasoil, los yanquis y la sociedad de consumo»). Además, la sabiduría poética de Blas de Otero estructura este poema dentro del viejo tópico del *ubi sunt?,* con referencias explícitas a las coplas manriqueñas: «Hojas sueltas, decidme, qué se hicieron / los Infantes de Aragón, Manuel Granero, la pavana para una infanta, / ...», versos iniciales a los que más adelante, y tras esa asociación caótica de componentes, se unen las «ropas chapadas» —en contraste con las «faldas en microsurco, y manillas brillantes y sandalias de purpurina»—, «el rocío de los prados», y la mención misma del poeta, vitalmente, rabiosamente irrespetuosa («ciudad donde Jorge Manrique acabaría por jodernos a todos»), y de su padre («... don Rodrigo en su túmulo de terciopelo y rimas cuadriculadas», fin del poema).

Publicado en 1960 por las Ediciones de la Universidad de México, *En castellano* es incluido en el mismo año con *Pido la paz y la palabra,* en el volumen *Con la inmensa mayoría (Biblioteca Contemporánea* número 289, Editorial Losada, Buenos Aires). La primera edición, realmente, es la aparecida en París en 1959 con el título *Parler clair.* En su reciente y última aparición (Colección de poesía *El Bardo* núm. 125, Editorial Lumen, Barcelona, 1977), algunos pequeños cambios: la desaparición de dos breves poemas y la sustitución del ya citado «Muy lejos» —que ha pasado, como se ha visto, a *Pido la paz...*— por otro poema «bilbaíno» titulado precisamente «Bilbao», incluido en 1969 en *Expresión y reunión,* dentro de *Hojas de Madrid* (1968-69), a continuación del acabado de comentar «Túmulo de gasoil»; también figura «Bilbao» en *Poesía con nombres* (1977), formando parte de *Expresión y reunión.* Sólo en otros dos poemas de *En castellano* aparece alguna mención vasca: el mismo nombre Bilbao, en una enumeración de cuatro ciudades, junto a Madrid, París y Barcelona, en *Ruando,* «rondando calle y plazas» por esas «ciudades / que vi, viví, ...», y el nombre de *Vizcaya* en el poema «Caniguer», uno de los últimos del libro, en donde frente al «Tibidabo / hablando viendo / la tierra que me faltaba para escribir mi patria es también Europa y poderosa», entrando «por el Arc de Bará / de repente remonto todo tránsito el hondo / Ebro /

a brazazos retorno arribo a ti / Vizcaya / árbol que llevo y amo desde la raíz / y un día fue arruinado bajo el cielo». Con su lenguaje roto y apretado, quebrado y sintético, la llamada de la tierra, la vuelta a los orígenes brota incontenible, simbolizada en ese árbol (¿de Guernica?), y unida siempre a la denuncia de la destrucción y la ruina. Esta doble actitud, estos dos sentimientos de amor y repulsa, contradictorios y complementarios, se expresan claramente en el citado *Bilbao,* «... ciudad donde nací, turbio regazo / de mi niñez, húmeda de lluvia / y ahumada de curas, / ...», que «no eras digna de mi palabra, / sino para insultarte, ...»; pero, al mismo tiempo, es la llamada, la añoranza, desde otras ciudades, «... porque sólo tú sostienes mi mirada, / das sentido a mis pasos / sobre la tierra...», y así, en Madrid, París, Moscú, Shanghai, La Habana, «tenía necesidad de recordarte», le dice a su ciudad, al Bilbao «con la mejilla manchada por la más burda hipocresía», pero «donde, muy lejos, muy lejano, se escucha el día de la venganza alzándose con una rosa blanca junto al cuerpo de Martí». A través de la Revolución cubana, que el poeta vivió, se une la turbia ciudad del pasado y el presente con la de un mañana liberador, simbolizado en el nombre y el ejemplo de José Martí. «Bilbao» es un poema de contrapunto pasado-presente («Yo, cuando *era* joven, / te *ataqué* violentamente, / te *demacré* el rostro, / ...», y «esta noche / no *puedo* dormir, y *pienso* en tus tejados, / me *asalta* el tiempo huído entre tus calles, / y te *llamo* desoladamente desde Madrid, / ...»; presente-pasado («*recuerdo* que en París aún me *ahogaba* tu cielo / de ceniza, / luego *alcancé* Moscú...», etc.) (los subrayados son míos), para terminar con una premonición y esperanza de futuro. La tierra vasca, su mar, Bilbao, su río, tendrán una presencia destacada, como se verá más adelante, en *Que trata de España,* continuando en algún libro posterior.

Como el primer poema de *Pido la paz y la palabra,* «A la inmensa mayoría», el inicial de *En castellano,* sin título, que empieza con las mismas palabras de aquél («Aquí tenéis...») y termina con otras similares, reiterando el presente y el lugar, es una invocación apasionada a la paz («Labraremos la paz, la paz, la paz...»), una voluntad de alegría contra el sufrimiento de voz, una afirmación de «voz zarpando hacia el futuro», de «voz escrita en castellano». Establecía de esta forma Otero la conexión más evidente entre los dos libros, lo que este segundo tenía de continuación y complementariedad del primero, para terminar invocando al país, a la patria, para recordarle todo el dolor compartido: «España, no te olvides que hemos sufrido juntos.» Desde este poema prologal, obertura de todo el poemario, España o «mi patria», en sus paisajes y en sus hombres, sus ciuda-

des y su pueblo, su ayer y su hoy, va a invadir el libro por sus cuatro costados, desde la admiración y el elogio de sus bellezas y su dignidad hasta la denuncia y la acusación de sus iniquidades y su ignominia, desde la diatriba a un presente sombrío e injusto hasta la esperanza de un futuro luminoso y justiciero. Y siempre hablando, escribiendo, o escribiendo-hablando, en la lengua de todos, la palabra libre y liberadora de su pueblo. Unión indestructible de la patria y el lenguaje, España y la palabra. Ya en el segundo poema del libro, el titulado «Por-para», testimonia Blas de Otero la no gratuidad de su escritura; por el contrario, su necesidad, su contribución a la causa de la paz y la justicia «del mundo / (incluida / la caricaturesca España actual)». Y de España y para España, y del hombre y para el hombre, va a hablar, va a escribir el poeta, de la terrible pero también hermosa España, de la media España yacente que «murió de la otra media», las «dos Españas frente a frente», y «al tiempo del guerrear, / al tiempo del guerrear, / se perdió la verdadera» (en el poema «La va buscando»). Y es a la España verdadera a la que el poeta se dirige, a la que pide se ponga «en pie / de paz», a la que, con ecos evangélicos, ordena «levántate / y anda...» Sabe, también, decir, aunque lo calle, «España, patria, / libre. / España / libre» —en «No salgas, paloma, al campo»—, aunque la libertad, «el aire lleva / dieciséis años parado», final del poema «MCMLV», que marca exactamente todo el tiempo transcurrido desde el final de la guerra civil. Es el «Oh patria / sin presente», de «Patria aprendida»; «el silencio espesado sobre España», de «Condal entredicha»; «la raíz amarga de mi patria», en «Anchas sílabas»; la «voz cercada», los «días cerrados», en «No espantéis el ruiseñor»; «... las rejas de esta vieja cárcel / alzada sobre el Cantábrico...», en «Cartas y poemas a Nazim Hikmet»; los «Españolitos helándose / al sol —no exactamente el de justicia—», de «Censoria», y glosa del muy conocido texto de Antonio Machado en *Proverbios y cantares:* «Españolito que vienes / al mundo, te guarde Dios. / Una de las dos Españas / ha de helarte el corazón.» Otros ejemplos podrían citarse, pero la selección anterior es harto significativa de esta palabra civil de Otero.

Pero en esta escritura dialéctica a la negación se contrapone la afirmación; a la tristeza, la alegría; a la derrota, la esperanza. Desde el primer poema, como ya se ha visto, se expone esta actitud, la búsqueda irrenunciable de la luz y el aire, las dos grandes metáforas de la España soñada y esperada. Títulos de poemas como «Sol de justicia» y «Aire libre» pueden resumir y compendiar la palabra abierta y esperanzada de Otero. *Aire* (es decir, libertad) se repite una y otra vez: en los ya citados «MCMLV», «Patria aprendida», «Condal en-

tredicha», «Aire libre», «Anchas sílabas», y en «Pluma que cante», «En esta tierra», «Entendámonos», «Elegía a un compañero» y «Cantar de amigo», poema final del libro y cuya última palabra, en dos versos de un cantar popular, es *aire:* «De los álamos tengo envidia, / de ver cómo los menea el aire.» *Luz* u otros significantes de su mismo campo semántico *(claridad, amanecer, alba, aurora, sol,* el verbo *brillar,* etc.) van configurando igualmente esta poesía de la esperanza: junto al ya citado *Sol de justicia, Soledad tengo de ti* (que termina: «... entre la luz con un cuchillo / brillante, ¡ay de mi España!»), «No espantéis el ruiseñor» (que nombra tres veces *claridad;* una, *luz,* y una, *alba),* «Ultimas noticias» (poema en prosa, de rotundo final, con aliento revolucionario: «Los hijos de la tierra, erguidos por dentro, avanzan hacia el salón damasco de la aurora»), *Un verso rojo alrededor de tu muñeca* (en donde el color del título y del final abre la esperanza revolucionaria: «Clara y libre / brille una cinta roja entre cadenas») y «Caniguer», además de algunos de los citados para la metáfora del *aire.*

Prosigue Blas de Otero en este libro la incorporación a sus poemas de versos de grandes poetas españoles: así, por ejemplo, en «Censoria», el primero de la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos...,* de Quevedo («y no he de callar por más que con el dedo»); el brevísimo —sólo dos versos— «15 de abril» se inicia con el conocido octosílabo machadiano, dándole inmediatamente, con el pie quebrado, una dimensión histórica y política, la de la truncada esperanza republicana: «*La primavera ha venido,* / y se ha ido» (el subrayado es del poeta); «Copla del río» comienza con el primer verso de las *Coplas* de Jorge Manrique: «Recuerde el alma dormida»; en el bastante largo «No espantéis el ruiseñor», con referencias topográficas (el Duero, la Sierra de Aitana, Reus), se incrusta el verso de Rubén Darío, «Francisca Sánchez, acompáñame» (de la serie *A Francisca,* incluida en *Lira póstuma);* el «¡ay de mi España!», final del poema «Soledad tengo de ti», es recreación evidente del estribillo «¡Ay de mi Alhama!», del *Romance de la pérdida de Alhama.* Junto a estos homenajes implícitos figuran los explícitos a unos cuantos españoles antecesores o contemporáneos en la poesía y en la ética y el comportamiento civil: el ya citado poema «Palabras reunidas para Antonio Machado», el titulado «Segunda vez con Gabriel Celaya», y el soneto que comienza «La soledad se abre hambrientamente...», en cuyos tercetos aparecen «todos los nombres que llevé en las manos»: Antonio, Gabriel, Miguel, Rafael, es decir, Machado, Celaya, Hernández, Alberti, junto a César (Vallejo), Pablo (Neruda) y Nicolás (Guillén), junto a otros nombres no hispanos. Ha-

bría que añadir, dentro de este recuento culturalista —cultura que en Otero siempre es viva y vivificadora, nunca anquilosada erudición—, sendas citas de Alfonso X el Sabio y San Juan de la Cruz al frente de los poemas «La va buscando» y el que comienza «Noches / dibujando el mapa / de la sed...», respectivamente; y otras dos cervantinas, quijotescas, abriendo los poemas «Letra» («Por más que el aspa le voltee / y España le derrote / y cornee, / poderoso caballero / es Don Quijote», son sus primeros versos, de los que los dos últimos son también una recreación del «poderoso caballero / es don Dinero», de Quevedo) y el que empieza «Quiero / salvarme. Patria entre alambradas, / no podrán con nosotros». Finalmente, fuera de la lengua y la literatura, pero dentro de la cultura hispana, el poema «Zurbarán 1957», uno de los últimos de *En castellano,* y en donde las cosas concretas y cotidianas, los objetos domésticos y cotidianos («... el plato / de sopa / pongo / por caso)...» (dice Otero), como los que inmortalizó el pintor en sus bodegones, desembocan en la vida que se hace con ellas, en «la libertad tirada por el suelo» y en la esperanza, en los versos finales, de «que mañana / será sábado, / así en España como en el hambre, libre / y redimido sábado».

Escritos y publicados *Pido la paz y la palabra* y *En castellano,* y, entre la fecha de aparición de uno y otro, la refundición de sus dos primeros libros en *Ancia* (1958), la poesía de Blas de Otero había cumplido una andadura extensa y una evolución trascendental, que pueden resumirse en estas palabras de Max Aub: «De lo particular a lo colectivo, la voz de Blas de Otero sueña y suena ya en y por muchos» (con ellas terminaba el breve estudio del poeta, dentro del más amplio *Una nueva poesía española (1950-1955)* —serie de cuatro conferencias dictadas en el Ateneo Español de México en 1956—, recogido como segunda parte del volumen *Poesía española contemporánea,* Ediciones Era, México, 1969). La aparición, en 1964, de *Que trata de España* iba a representar la culminación de esta poesía «colectiva», de esta sinfonía, o, más exactamente, gran coral y gran fresco españoles de Blas de Otero. Pero serie poética perfectamente abierta en su estructura, el tema de España no se iba a clausurar en el libro de 1964; por el contrario, seguiría presente en todos los libros posteriores, en verso y en prosa, publicados e inéditos (aquellos conocidos sólo a través de las varias antologías realizadas por el poeta). En ellos terminaremos nuestro recorrido por este camino central, a partir de 1955 —aunque, como hemos visto, venía de muy atrás— y hasta su muerte, de la poesía de Otero.

Con cinco partes o capítulos —como les llama—, *Que trata de España* es el libro más amplio de su autor, y a él afluyen todas las

líneas temáticas señaladas en los dos libros anteriores. Su gran novedad estriba, sobre todo, en dicha estructuración en cinco capítulos, titulados, respectivamente, «El forzado», «La palabra», «Cantares», «Geografía e Historia» —el más extenso de todos— y «La verdad común». Antes de ellas figuran tres poemas y una breve introducción en prosa situada entre el primero y el segundo. El primer poema empieza y termina con las palabras *España* y *patria,* respectivamente, y ambas se repiten una vez más en el interior del poema; canto, a la vez, a las diversas tierras españolas, acompañadas por sus peculiares, entrañables palabras, es decir, realidades, como las puramente naturales: «... / orvallo, sirimiri, de Galicia, / Asturias, Vascongadas: / ...». Recogiendo una línea principal de los dos libros previos, *España* se asocia íntimamente, casi fundiéndose e identificándose, con *esperanza, pueblo* y *palabra,* la «palabra viva» del hombre, la palabra del poeta que va a sustentar y titular la segunda parte de *Que trata de España,* pero que va a ser uno de los primeros núcleos temáticos de todo el libro, un motivo constante de análisis y reflexión en la poesía de Otero a partir de *Pido la paz y la palabra.* Sigue a este poema inicial la presentación —y declaración de principios— del libro: «Comienza el libro IV (MCMLIX-MCMLXIII) de la obra llamada *Que trata de España,* realizada dentro y fuera de esta patria, dirigida por y a la inmensa mayoría.» Siguen, completando este prólogo, pórtico u obertura del libro, dos sonetos, el primero, «heterodoxo», ya que el verso octavo es un heptasílabo; desde los versos primeros, *Libro* y *España* son una sola, la misma realidad, y realidad plural de sus acentos, sus palabras y sus tonos, como de sus pueblos: «Este es el libro. Ved. En vuestras manos / tenéis España... / ... Escrito está con nombres castellanos, / llanto andaluz, reciente, y algún viejo / trozo de historia: todo con un dejo / vasco, corto en palabras.» Se inicia, además, en este poema una poética con esa fórmula «corto en palabras», que representa la intención de sobriedad, de concisión, de palabra apretada, quebrada y cortada, que rompe y reconstruye, fragmenta y yuxtapone la realidad. Y la realidad, la palabra, es también aquí *la paz,* la que se alzó contra la barbarie, la que se identifica, en las preguntas finales, con el pueblo, motor de la historia, representación de su más noble y progresiva dimensión ayer y hoy, y abriendo en el presente el camino, la plena realización del futuro: «... Decid / quién encendió la paz frente al nazismo / incendiario. Quién hace, quién escribe / la historia de mañana desde hoy mismo.»

Si en este soneto se presenta, se habla del libro, en el siguiente, «ortodoxo» y final de este prólogo, el poeta se dirige al propio libro,

le invoca por tres veces, a partir del primer verso, del primer cuarteto: «Libro, perdóname. Te hice pedazos, / chocaste con mi patria, manejada / por conductores torvos: cruz y espada / frenándola, ¡gran dios, y qué frenazos!» La acusación directa, sin tapujos, a los censores, nuevos inquisidores, ocupa todo el segundo cuarteto, testimonio de las mutilaciones y prohibiciones sufridas por el poeta por una obra que debía publicarse fuera de su patria, como añade en los tercetos (el libro —no se olvide— se publicaba en París, nuevo exilio poético tras los de *En castellano,* México, 1960, y la antología *Esto no es un libro,* Puerto Rico, 1963). También traen los tercetos la palabra esperanzada, afirmativa, que levanta la fe en el mundo y en el arte, «ancho» uno y otro como «largo el porvenir». Palabra de Otero abierta siempre hacia el futuro, dinámica y progresiva, libre y liberadora: libertad contenida, con el refuerzo de la repetición, en el infinitivo del endecasílabo final: «Español es el verso que te encargo / airear, airear. Te escucho. Empieza.»

Sirven estos dos sonetos de introducción al capítulo segundo, «La palabra», pero también a parte del primero, «El forzado», a poemas como «Perdurando» («He vivido / caminando / y hablando en los papeles, / ...», uniendo finalmente palabra y vida, «presencias y memoria... el papel, / los hombres y el mañana»), «Biografía» («Libros reunidos» y «El corazón de España») e «Impreso prisionero», en donde Blas de Otero hace una síntesis de su poesía, de todos sus libros y etapas a partir del breve y temprano *Cántico espiritual,* y nueva denuncia del tiempo histórico, de un presente de muros y mordazas; sin embargo, el impulso vital, la fe y la esperanza, nunca abatidos, siempre firmes y enhiestos: «... ¿Hablar en castellano? Se prohíbe. / Buscar España en el desierto / de diecinueve cegadores años. / Silencio. / Y más silencio. Y voluntad de vida / a contra dictadura y contra tiempo.» También de este «Impreso prisionero» brotan algunos de los grandes maestros del castellano siempre presentes en Otero: el verso de Góngora y el medio verso de Fray Luis de León «triste, espaciosa España» —incorporado, como ya se vio, al poema «Hija de Yago», de *Pido la paz y la palabra*— convertido ahora en «la espaciosa y ardua España».

La identificación machadiana entre camino y vida tiene en Blas de Otero la equivalente vida y palabra, vivir y escribir o vivir y hablar, porque escribir y hablar van a ser la misma actividad en su poética, como claramente expresa en «Impreso prisionero»: el ya citado endecasílabo «¿Hablar en castellano? Se prohíbe», y, un poco antes, «hablo / para la inmensa mayoría...». En el capítulo «La palabra» se reitera, y aun se radicaliza, esta identificación: tras haber

escrito «Hablamos de las cosas de este mundo. / ... *(Escribo / hablando,* escuchando, caminando)» (el subrayado es del poeta, ya que esa afirmación constituye el poema «Poética» de *En castellano),* dará prioridad a la palabra popular, la de «los hombres que parlan a la puerta / de la taberna...», subrayando con las manos «sus sílabas de tierra». Y en el poema anterior, «Palabra viva y de repente», el poeta prefiere, antes que los libros, «las palabras de la gente», las que «parece que se tocan, que se palpan», palabras que son «cosas formidables, / que hacen temblar a la gramática»: la misma valoración de lo popular —lengua y pueblo, el hombre y su palabra— ya señalada en el homenaje a Sancho Panza al final del poema «Me llamarán, nos llamarán a todos». («Capítulo IV. Geografía e historia» de *Que trata de España.)*

En el capítulo primero, «El forzado», predominan los poemas «topográficos», desde el nombre de España hasta el de tantas ciudades españolas, encabezadas por Madrid y Bilbao. En un conjunto de trece poemas hay cuatro absolutamente vascos, con sus ríos y montes, sus valles y romerías, con nombres muy repetidos en la poesía de Otero, como ya se indicó, desde *Pido la paz y la palabra:* Nervión, Pagasarri, Orozco, Archanda, Gorbea, Murueta, Luyando, Barrencalle Barrena, etc., sobre todo, los tres primeros. Pagasarri, la cumbre de Pagasarri, reaparecerá en el capítulo «La pluma en el aire» del libro de prosas *Historias fingidas y verdaderas* (1970), mencionando también el valle de Orozco, presente asimismo en otra de las «prosas» de este libro, la titulada «La rosa». Porque, adelantemos ya, el tema de España culmina en *Que trata de España,* pero no termina en este poemario, proseguirá en todos los libros posteriores. También el mar Cantábrico aparece en estos primeros poemas; el mar es para Otero metáfora de «la vida que uno ha envuelto, desenvuelto / como / olas / sonoras.../ ... la vida que uno hace / y deshace...», «anchas olas rabiosas», que son «las olas / de Orio, Guetaria / Elanchove...». Cantábrico evocado, cantado, desde lejos —«Lejos» es el título del soneto evocador y acusador de Bilbao; recordemos el otro poema, ya citado, sobre su ciudad titulado «Muy lejos»—, ya que una gran parte de la poesía «española» y «vasca» de Otero está vivida y escrita desde la ausencia, desde un destierro entre voluntario y forzoso: si el hombre podía vivir en España, sus libros, su palabra, no. Canto a su mar, su litoral —no sólo el vasco, también el santanderino—, y en ellos, a sí mismo, a su pasado («niño descalzo / en la Concha, infancia pensativa / frente al hosco rumor de las mareas...»), para terminar —este poema sin título, que empieza «Canto el Cantábrico, / en Moscú, una tarde cualquiera / del año / 1960— con otro

paisaje, no el personal y nostálgico, sino el social y realista: ... riberas fabriles del Nervión, Sestao, Erandio...», todo lo que llama, ayer y hoy, a la puerta del poeta, «golpeando / con las olas y el viento del Cantábrico». Mar al que camina, navega, su río, ese Nervión, tan presente en sus poemas «vascos», al que ama y recuerda desde lejos, desde muy lejos, «en París, en Georgia, en Leningrado, / en Shanghai...», con sus muelles, sus barcos, sus mercancías y gaviotas, pero también con «los altos hornos negros, encarnados, / donde el hombre maldice / cuanto rezan indignos dignatarios, / ...», del poema sin título que empieza «Amo el Nervión...».

Pero no es sólo el mar Cantábrico, es todo «el mar / alrededor de España» (palabras que inician el primer poema de «El forzado»), «mar niña / de la Concha /», y «amarga mar de Málaga», «verde Cantábrico» y «azul Mediterráneo», y —en homenaje a Rafael Alberti— «mar aitana de Cádiz». Mar plural y uno, al que el poeta invoca con demanda de paz y solidaridad frente a una historia cruel, un tiempo de desprecio del hombre: «... borrad / los años fratricidas, / unid / en una sola ola / las soledades de los españoles.»

La doble visión de España, la heroica y popular, la que tuvo un ayer alegre, esperanzado, y espera su mañana, y frente a ella, la de la sangre fratricida, el silencio y el presente sombrío, estructura el libro todo y en esta primera parte tiene ya una cumplida representación. España es, a la vez, madre y madrastra, miserable y hermosa, bella y doliente; es la tierra del «desdén / idiota ante la ciencia, / el progreso» (en el poema «Por venir»), pero también el «pueblo derramado aquel 14 / de abril, alegre, / puro, heroico Madrid, cuna y sepulcro / de mi revuelta adolescencia», en el poema, sin título, que empieza «Madrid, divinamente / suenas...». La alusión a la proclamación de la Segunda República española el 14 de abril de 1931 marca una de las fronteras temporales, históricas, del libro, de la obra y la vida de Blas de Otero, que tenía quince años en esa fecha; la otra, la de un pasado inmediato y prolongado en el presente, es la de la revolución cubana, también aludida en esta primera parte de *Que trata de España* («De haber nacido, haber / nacido en otro sitio; / por ejemplo, en Santiago / de Cuba mismo», primeros versos del poema «Heroica y sombría», título síntesis de todo el contenido del libro), e inmediatamente aplicada a su patria, a la España soñada y esperada («De haber nacido, haber / nacido en otra España; / sobre todo, la España de mañana»). Cuba y su revolución reaparecen en «La verdad común», capítulo quinto y último, en poemas como «De playa a playa» —poema en prosa—, «Cuando venga Fidel se dice mucho» y «Poeta colonial» (1964), importante ejemplo de la sabidu-

ría poética de Otero en unir, superponer planos, fundir la historia, el presente español con el de la isla antillana, porque estando en ella «oigo las mismas palabras / que en Jaén Extremadura Orense / y siento ganas de llorar o de hacer la revolución / cuanto antes / incomprensible España...», a la que invita, incita a participar, a incorporarse a la gran fiesta colectiva: «... vamos, España, ponte tu traje de los miércoles / el colorado y danza junto al Nalón / vienes y vas a Cuba por el mar / ...», que repite en rotundo e inequívoco final: «Ponte tu traje colorado danza ataca canta.» En la amplia antología de 1969, *Expresión y reunión*, y formando parte del libro inédito *Poesía e historia* (1960), se incluye todo un apartado titulado «Con Cuba» (1962), y compuesto de seis poemas, tres de ellos los citados «De playa a playa», «Poeta colonial» y «Cuando venga Fidel...», en uno de los otros, el que cierra la serie y utiliza el popular estribillo «Guantanamera guajira / Guajira guantanamera», con la despedida de Cuba va el recuerdo, la confesión de una unión indestructible: «Triste de aquel que le tira / su patria de tal manera», para terminar: «Me voy, mi patria me espera.» *Mientras*, libro de 1970 (Ediciones Javalambre, Zaragoza), contiene en su tercera y penúltima sección, «Historias y cuentos», dos poemas que vuelven a relacionar Cuba y España, aunque aquí poniendo en primer lugar su ciudad, Bilbao, contrastada con Madrid, París, Moscú, Pekín y La Habana, en el primero, «Morir en Bilbao»; en el segundo, «Y yo me iré...», es la despedida furiosa, el nuevo recordatorio de todo lo padecido y destruido en su ciudad, a la que una y otra vez le repite «No; no volveré»: «... Si muero, / dejaré el balcón abierto: / no sé si en Cuba, en Madrid, / en Moscú, en París. No sé / dónde. Pero lo que sé / seguro, es que me voy. Y / no volveré.» Indignación y rabia que no impiden que al frente de «Morir en Bilbao» (¿cómo no recordar el «Morir en Madrid» cinematográfico?) haya dejado estas palabras: «adusta y beatona, con su terrible fuerza soterrada reflejándose en el cielo nocturno de la ría», que contienen la misma dualidad de su visión de España en esa «fuerza soterrada», esperanza de un tiempo nuevo, liberador y constructor. Y a pesar de todo, como confiesa en «Y yo me iré...», la ciudad ahogadora e hipócrita no pudo devastarlo todo: «Quemaste mi juventud / como un trapo viejo», pero «Un día, me rebelé»; «Me arrebañaste / la ilusión: no el entusiasmo.»

En esta doble dirección, en esta superación de la derrota y la impotencia, con su palabra lanzada contra el muro del silencio, golpeándolo sin desmayo, esperando verlo abatirse, se va construyendo *Que trata de España*. «Avanzando», poema del capítulo cuarto, «Geografía e historia», podría ser la palabra-símbolo: «despierta / patria

mía, / avanzando, cayendo y avanzando», final de un texto que proclama una vez las raíces de su autor, la «sabiduría popular / donde apoyo y remozo mi palabra»; o es el futuro encarnado en la juventud en el soneto-homenaje a Miguel Hernández, *1939-1942*, de esta misma parte del libro: frente a «una España y triste», en medio de la cual sucumbió el poeta, «la juventud de hoy, la de mañana, / forja otro cielo rojo, audaz, sonoro, / con un rayo de sol en la ventana». Esperanza cada vez más identificada con la revolución, como en el final de ese soneto y de este otro, titulado «España»: «... lugar de lucha y días hermosos que se acercan / colmados de claveles colorados, España.» Frente al presente injusto, la luz encadenada por las sombras, la juventud amancillada («pero no vencida»), «La palabra» —título del capítulo segundo— del poeta es, ante todo, recuperación de todo lo aplastado bajo el silencio, de la «patria perdida», de la realidad envilecida y traicionada. Palabra que es lucha, combate cotidiano por la justicia y la paz, por recobrar la realidad. Realidad que es España, y le llama. Y le dice, con Antonio Machado, «Dame / tu mano. Y caminemos», final de *Copla*, en «La palabra». Escribir, hablar, es decir, caminar, vivir, existir, y existir en España, por tanto, «de España y de su gente / escribo», en *No quiero que le tapen la cara con pañuelos* (alejandrino del lorquiano «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías»).

Siempre maestro de la palabra, dueño de innumerables recursos técnicos, con su sabia utilización y combinación de lo culto y lo popular, el préstamo literario y la reelaboración personal, Blas de Otero formula en *Que trata de España* su código, lo que él llama *Cartilla (poética)*, que empieza con una declaración fundamental («La poesía crea las palabras. / Lo sé. / Esto es verdad y sigue siéndolo / diciéndola al revés») a la que siguen otros «derechos» de la poesía, como la exigencia de sinceridad y el que «atañe a lo esencial del ser»; pero, a continuación, el poeta coloca otra afirmación también fundamental: «La poesía tiene sus deberes. / ... Entre yo y ella hay un contrato / social», para concluir anteponiendo lo social a lo metafísico, en una posición existencialista de sólida raíz marxista: «Pero yo no he venido a ver el cielo, / te advierto. Lo esencial / es la existencia, la conciencia / de estar / en esta clase o en la otra. / Es un deber elemental.» En estrecha relación con este texto se encuentra el que figura a continuación, «Belleza que yo he visto, ¡no te borres ya nunca!», donde Otero establece un orden de prioridades, y antes que la belleza, que la estética, existen otras urgencias, la social y la ética: «Antes / hay que poner los hombres en su sitio.» El poeta conoce, ha visto, y no olvida. Sabe lo que necesita

(«paz para seguir luchando») y cuál es la razón de su lucha («abrir el porvenir de par en par, / para plantar un árbol / en medio del miedo, / ...»), firme en su nueva, definitiva posición («cambié de clase»), en el poema «Noticias de todo el mundo», que empieza por ser noticia de sí mismo, declaración autobiográfica: «A los 47 años de mi edad, / da miedo decirlo, soy sólo un poeta español / (dan miedo los años, lo de poeta, y España) / de mediados del siglo XX.» Instalado en la inmensa mayoría («E. L. I. M.» es el título de un poema), encuentra en ella la razón de existir, es decir, de luchar; la esperanza («Cuando digo a la inmensa mayoría / digo luego, mañana nos veremos» y «... Llegaremos. / Es todo cuanto tengo que decir», del soneto «Cuando digo») y la palabra *(«Soy sólo poeta:* levanto mi voz / en ellos, con ellos. Aunque no me lean», final de «C. L. I. M.», es decir, «Con la inmensa mayoría» —el subrayado es del poeta—). Inserto en la colectividad, viviendo en ella y con ella, su vida trasciende el vivir personal: «Podrán matarme, pero no morirme. / Mientras viva la inmensa mayoría», final del soneto «Mientras viva». Y termina este capítulo dedicado a «La palabra» con una nueva presencia del mar, imagen de «un libro / abierto por la inmensa mayoría / de las olas: yo leo en él, y escribo», en «Voz del mar, voz del libro».

El capítulo tercero, «Cantares», se centra en la ya estudiada primacía de la palabra viva y popular, del habla —o cante— de la gente, prolongando en esta dirección —dentro de su brevedad— el capítulo anterior. La cita de Augusto Ferrán, el amigo de Bécquer, el autor de «Cantares», sirve de elocuente declaración de principios («... he puesto unos cuantos cantares del pueblo... para estar seguro al menos de que hay algo bueno en este libro»), y acorde con ella, Otero levanta, frente a «la mentira de la literatura», «la palabra que habla, / canta y se calla», palabra que siempre tiene origen, identidad: «Navegaré con el viento del pueblo», afirma y anuncia en su copla inicial (titulada *Cantes;* en la edición de 1977 ha desaparecido la «soleá» que figuraba en la primera de 1964: «No porque me vea cautivo / trate de darme mal pago. / Y yo sé lo que me digo»). La incorporación del título de Miguel Hernández es también heraldo de la temática del capítulo o apartado, de ese hacer de su cante cante de todos y para todos, que en Otero es además con todos y en todos, como dirá glosando, transformando la popular canción mariana: «Venid, y vamos todos / al pueblo...», y «voz del pueblo, voz del cielo», en *Aquí hay verbena olorosa.* Y ese pueblo es, ante todo —aunque también sea el de toda la tierra—, el de España, el que debe abrir las puertas del futuro, romper

las cadenas del presente, esperar el mañana, pero empezar hoy, *Avanzando, cayendo y avanzando,* título del poema y, como ya se ha visto, verso final del poema «Avanzando» (en el capítulo siguiente, «Geografía e historia»). En esta parte la toponimia española es constante y abundante: ciudades, pueblos, ríos, montes de toda España, y España, la patria, entre el sufrimiento y la esperanza, el pasado y el futuro. A todo ello, a este mismo capítulo, se han dedicado ya varios comentarios. En los poemas finales, el aliento, el ímpetu optimistas, afirmativos, se concentran y concretan en la juventud, la imperecedera, nacida de la solidaridad frente a la pasada, la de los años sumisos, grave, muerta antes de nacer (en *Crónica de una juventud*); la que con el título de «Juventud imbatida» sirve de título al poema final del capítulo como aquella «juventud más joven» del poema machadiano. Juventud que hace suya la lucha, en plena noche, por una España en paz justa y libre, «por una patria / de alegría de acero y de belleza».

«La verdad común», quinto y último capítulo del libro, recoge todo lo anterior y, con los ya citados poemas «cubanos», es canto de solidaridad vencedora de todas las soledades, de tanto tiempo viviendo a tientas. Es proclamación de fe «En la inmensa mayoría», título de un poema fechado en 1960. Y la triste, en sombras, encadenada España, esperando su hora, abriéndose a la luz, caminando hacia la «nueva vida». Recogiendo su antigua petición reafirma su seguridad «de que la paz derrotará a la guerra», que se cerrará «el ayer fratricida, triste, oscuro».. Y toda España, sus ciudades, la «tierra / arada duramente», «tierra de rabia, roja / semilla de la esperanza» y «cielo azul de España», de los últimos poemas del libro, recogen y resumen el largo camino iniciado en *Pido la paz y la palabra:* España recorrida, atravesada, ahondada, centro y raíz, hondón y cima de los pensamientos y sueños del poeta. Creada y recreada *en* y *por* su palabra. Palabra nacida de su pueblo, crecida en él y a él destinada.

Terminado el ciclo de *Que trata de España,* Otero continuará y ampliará su temática española en el ya citado y extenso volumen *Expresión y reunión* (1941-1969), subtitulado «A modo de Antología», y en el que se incluyen tres libros inéditos: *Poesía e historia* (1960...), *Historias fingidas y verdaderas* (1966-67) y *Hojas de Madrid* (1968-69). En los tres reaparecen Bilbao y Madrid, Vizcaya y España. Al primero y al tercero se ha acudido ya con diversos ejemplos. De los tres sólo publicará el segundo, el libro en prosa *Historias fingidas y verdaderas* (Alfaguara, 1970), el mismo año que aparece *Mientras* (Ediciones Javalambre, Zaragoza), poemario ya

citado: los dos primeros libros —exceptuadas las Antologías— que Blas de Otero publicaba en España después de muchos años. En *Historias...* vuelven los grandes artífices de la palabra castellana (Jorge Manrique, fray Luis, Quevedo, Góngora, Machado...), y con ellos otros universales creadores hispanos (El Greco, Velázquez, Goya...). Al fondo, siempre, la presencia quijotesca. Mención especial merece el nombre de Unamuno, ya recordado en el romance de *Que trata de España,* «Calle Miguel de Unamuno», adhesión y rechazo al mismo tiempo, más explícito el segundo. Talante que se repite e intensifica en el texto inicial de la segunda parte de *Historias fingidas y verdaderas,* desdeñoso sin paliativos con el filosofar y el poetizar unamunianos.

España, tierra y lengua, unidas una vez más en este libro. Una sola realidad. Ante el inmediato regreso a su patria, el poeta entona su viejo y constante canto de paz para «la inmensa mayoría»: «Mañana voy a España... Paz a los hombres y gloria a las mujeres. Mañana poseeremos la tierra, arrancaremos el aire adherido a la rutina, mañana volaremos» (en «La pluma en el aire»). La tierra abandonada, perdida, de los desterrados, de las largas cadenas de emigrantes, de trabajadores con «sanos acentos leonés, gallego, extremeño», por los andenes de Europa: «Más vale perder la memoria que la tierra», tierra para vivir y en donde morir: «No quiero que me entierren con la bandera ni el ataúd. Simplemente, me metan dentro de la tierra, bien enterrado, para siempre, en mi tierra» (en «Desterrados»). Poesía de Blas de Otero que es la misma tierra de su patria, y la lengua, las lenguas de España; al final de ese texto inicial de la segunda parte de *Historias,* tras las no muy admirativas palabras dedicadas a Unamuno, deja el poeta uno de sus testimonios más rotundos, que bien puede resumir su poesía «española», la de su «triple fe: en el hombre, en la paz y en la patria..., tres nombres distintos y un solo amor verdadero: España» (con palabras de Joaquín Galán en su libro *Blas de Otero, palabra para un pueblo,* Ambito literario núm. XXI, Barcelona, 1978, p. 67). Estas son las palabras del poeta: «Ah, esto sí que es digno de loar, y estimar, y amar, mi lengua propia y por derecho propio, mi castellano, y mi cordobés, y ante todo, mi euskera escamoteado, y mi gallego, y mi extremeño, y mi catalán, y que no me vengan antípodas ni apátridas a mentarme la lengua que me parió, que la tengo por cosa muy substancial, más aún, consubstancial a mi vida, mi morir, y mi nacer».

EMILIO MIRO

Avda. Portugal, 131
MADRID